

**LA MOTIVACIÓN COMO ELEMENTO ESENCIAL PARA EL APRENDIZAJE
MOTIVATION AS AN ESSENTIAL ELEMENT FOR LEARNING****Yeine Carreño García****ORCID: 0009-0001-6844-1094****E-mail: yemar5@hotmail.com**

Doctorando en Education

Instituto Pedagógico Rural

"Gervasio Rubio" (IPRGR)

VENEZUELA**Oswaldo Ortiz****ORCID: 0009-0009-4369-0471****E-mail: oswaldoortiz989@gmail.com**

Doctorando en Education

Instituto Pedagógico Rural

"Gervasio Rubio" (IPRGR)

VENEZUELA**Recibido 16/02/2026****Aprobado: 27/02/2026****RESUMEN**

El presente ensayo teórico tiene como objetivo analizar la motivación como un constructo esencial para el aprendizaje y el rendimiento académico, a partir de una revisión documental de diversas perspectivas filosóficas, psicológicas y pedagógicas. Se reconoce que la motivación es una condición indispensable en los procesos educativos, al incidir directamente en la disposición del estudiante para aprender, en su nivel de esfuerzo, persistencia y compromiso con las tareas escolares. Desde un enfoque multidimensional, la motivación se concibe como un fenómeno complejo que articula elementos biológicos, cognitivos, afectivos y sociales, y que está influido tanto por factores internos como externos. El análisis aborda los aportes de diversas corrientes teóricas que han explicado la motivación humana, incluyendo enfoques psicoanalíticos, conductistas, humanistas y cognitivos, así como propuestas contemporáneas como la teoría de la autodeterminación, que subraya la importancia de la motivación intrínseca en el ámbito educativo. Además, se discuten los desafíos que enfrentan los docentes en contextos escolares diversos, donde la falta de motivación representa una barrera significativa para el aprendizaje. En ese sentido, se plantea la necesidad de comprender la motivación como un eje transversal de la práctica pedagógica, que debe ser promovido mediante estrategias didácticas que fortalezcan el sentido de pertenencia, la autonomía, la competencia y la relación significativa con los contenidos escolares. Finalmente, se concluye que el fortalecimiento de la motivación en los estudiantes constituye una herramienta poderosa para mejorar los procesos de enseñanza-aprendizaje, superar el rezago académico y promover una educación más humana, inclusiva y transformadora.

PALABRAS CLAVE: Motivación, aprendizaje, rendimiento académico, teoría de la autodeterminación, educación integral.

ABSTRACT

This theoretical essay aims to analyze motivation as an essential construct for learning and academic performance, based on a documentary review of various philosophical, psychological, and pedagogical perspectives. Motivation is recognized as a crucial condition in educational processes, as it directly influences the student's willingness to learn, level of effort, persistence, and commitment to school tasks. From a multidimensional approach, motivation is conceived as a complex phenomenon that integrates biological, cognitive, affective, and social elements, influenced by both internal and external factors. The analysis explores the contributions of various theoretical frameworks that have attempted to explain human motivation, including psychoanalytic, behaviorist, humanistic, and cognitive approaches, as well as contemporary proposals such as self-determination theory, which emphasizes the importance of intrinsic motivation in educational contexts. Moreover, it discusses the challenges faced by teachers in diverse school environments, where lack of motivation becomes a significant barrier to learning. In this sense, it is argued that motivation should be understood as a cross-cutting axis of pedagogical practice, to be fostered through didactic strategies that strengthen students' sense of belonging, autonomy, competence, and meaningful connection with academic content. Ultimately, the paper concludes that enhancing student motivation is a powerful tool to improve teaching and learning processes, overcome academic underachievement, and promote a more human, inclusive, and transformative education.

KEYWORDS: Motivation, learning, academic performance, self-determination theory, holistic education.

INTRODUCCIÓN

La motivación ha sido objeto de amplio estudio en disciplinas como la psicología, la pedagogía y las ciencias sociales, dado su papel fundamental en los procesos de enseñanza y aprendizaje. En este contexto, una de las principales responsabilidades de la escuela y del docente consiste en promover y mantener el interés del estudiante por aprender, especialmente en áreas como la matemática, donde comúnmente se evidencian altos niveles de desmotivación. Así, la motivación —tanto intrínseca como extrínseca— se convierte en una variable clave para comprender el rendimiento académico y diseñar estrategias efectivas que favorezcan su mejora.

En sus orígenes, teorías como la jerarquía de necesidades de Maslow o el condicionamiento operante de Skinner ofrecieron una visión conductista del fenómeno, centrada en estímulos y recompensas. Posteriormente, corrientes como el constructivismo y teorías motivacionales contemporáneas, como la teoría de la autodeterminación de Deci y Ryan, resaltaron el valor de la autonomía, la competencia y la relación social en los procesos de aprendizaje. En el ámbito educativo, la motivación se consolida como un factor determinante del rendimiento escolar, lo que hace necesario su análisis en contextos específicos.

Este artículo ofrece una mirada sobre la motivación, entendida como un constructo esencial en el desarrollo humano y, particularmente, en el ámbito educativo. Tradicionalmente se ha asociado este concepto con la acción y el comportamiento, dejando de lado que, para aprender y desarrollarse integralmente, es indispensable que

el individuo mantenga un deseo genuino de alcanzar sus metas, lo cual le permite desplegar todo su potencial.

De acuerdo con Reeve (1994), el concepto de motivación tiene sus raíces filosóficas en los pensadores griegos clásicos como Sócrates, Platón y Aristóteles. Platón, discípulo de Sócrates, concebía el alma como una entidad organizada jerárquicamente, dividida en tres componentes: nutritivos, sensitivos y racionales. Por su parte, Aristóteles, quien fue alumno de Platón durante dos décadas, mantuvo la idea de un alma jerárquica, aunque con un enfoque terminológico ligeramente diferente. Las facetas nutritivas y sensitivas, relacionadas con el cuerpo, se consideraban de naturaleza motivacional, impulsando tanto el crecimiento corporal y el descanso (nutritivas) como las experiencias sensoriales de placer y dolor (sensitivos).

Juntas, estas dos esferas sentaban las bases de una fuerza motivacional irracional e impulsiva. En contraste, la parte racional estaba vinculada a los aspectos intelectuales del alma, incluyendo ideas y la voluntad misma. Con la propuesta de un alma tripartita y jerárquica, los antiguos griegos ofrecieron una de las primeras teorías sobre la actividad motivada, en la que confluyen los deseos corporales, las experiencias sensoriales y los esfuerzos de la voluntad.

En este sentido, la motivación se presenta como un estado valioso tanto para el individuo como para los demás. Sin embargo, también existen diversos sistemas motivacionales de carácter aversivo, donde el dolor, el hambre, la angustia y el castigo se configuran como potentes fuentes de impulso. Los primeros teóricos de la motivación

describieron al ser humano como un ente en constante lucha por protegerse de estados perjudiciales. En la teoría freudiana, por ejemplo, se sostiene que el individuo se defiende incesantemente de las energías instintivas ligadas al sexo y a la agresión. En la teoría de Hull, la motivación surge de los estados de privación; la falta de alimentos, agua, sueño y sexo se combina para generar un estado motivacional generalizado conocido como "pulsión". De este modo, es el deseo del individuo de reducir esa pulsión y escapar de un estado aversivo lo que lo lleva a buscar comida, agua, lugares de descanso o una pareja.

DESARROLLO TEÓRICO

En términos generales, la motivación puede entenderse como el motor que impulsa la conducta humana, facilitando la adaptación y el cambio tanto en contextos escolares como en otros ámbitos de la vida. Su comprensión resulta fundamental para la labor docente, ya que permite identificar estrategias efectivas para fomentar el interés y el compromiso del estudiante con su proceso de aprendizaje. Sin embargo, el marco teórico que explica cómo se produce la motivación, cuáles son las variables que la determinan y cómo se puede potenciar desde la práctica docente, aún presenta cuestiones no resueltas. Las respuestas a estas interrogantes dependerán, en parte, del enfoque psicológico que adoptemos. Además, como señala Núñez (1996), la motivación no es un proceso unitario, sino que abarca una amplia variedad de componentes que ninguna teoría propuesta hasta la fecha ha logrado integrar por completo. Por ello, uno de los mayores desafíos para los investigadores radica en delimitar y aclarar cuáles

elementos o constructos se incluyen en este extenso y complejo proceso que denominamos motivación.

Durante décadas, ha existido una separación casi absoluta entre los aspectos cognitivos y los afectivo-motivacionales en el estudio de su influencia en el aprendizaje escolar. Esta separación condujo a enfoques reduccionistas que desestimaron la influencia de la emocionalidad. Así, algunos autores han centrado sus investigaciones únicamente en los aspectos cognitivos, dejando de lado los demás, y viceversa. Sin embargo, en la actualidad se observa un creciente interés por analizar ambos tipos de componentes de manera integrada.

Murcia (2007) destaca que la motivación influye en la dirección, intensidad y permanencia de una conducta. La dirección se refiere a la exploración, el acercamiento o la persuasión hacia ciertas situaciones, mientras que la intensidad está relacionada con el nivel de esfuerzo que una persona emplea en una determinada circunstancia. Además, la motivación se ve afectada por aspectos biológicos, cognitivos, afectivos y sociales del individuo. Por otro lado, Balza (2010) sostiene que la motivación es una combinación de diversos elementos que pueden aparecer o desvanecerse según las circunstancias generadas por las dinámicas sociales, culturales y económicas, lo que enfatiza la necesidad de un análisis individualizado para cada persona.

En estas líneas, una de las principales posturas que permite el estudio de la motivación en el desarrollo de los sujetos es la teoría de la motivación de Abraham Maslow, ésta ha sido una de las más influyentes en el campo educativo, especialmente

en la comprensión de los factores que inciden en el aprendizaje de los estudiantes. Su propuesta jerárquica de las necesidades humanas permite entender que el proceso educativo no puede desligarse de las condiciones emocionales, sociales y físicas del sujeto que aprende. En este sentido, Maslow plantea que “cuando las personas parecen ser algo distinto a buenas y decentes, es sólo porque están reaccionando al estrés, al dolor o a la privación de necesidades humanas básicas como la seguridad, el amor y la autoestima” (Maslow, 1999, p. 388). Esta afirmación revela que el comportamiento del estudiante en el aula está profundamente vinculado a la satisfacción de sus necesidades fundamentales, y que el aprendizaje significativo solo puede darse cuando estas condiciones están garantizadas.

La pirámide de Maslow, compuesta por cinco niveles, fisiológicos, seguridad, afiliación, reconocimiento y autorrealización, establece que el desarrollo pleno del potencial humano requiere una progresiva satisfacción de cada uno de estos escalones. En el contexto escolar, esto implica que el docente debe reconocer que “la educación es aprender a crecer, aprender hacia qué crecer, aprender lo que es bueno y malo, aprender lo que es deseable e indeseable, aprender qué elegir y qué no elegir” (p. 273). Esta visión humanista de la educación sitúa al estudiante como un ser integral, cuyas motivaciones no se reducen al rendimiento académico, sino que incluyen el deseo de pertenencia, el reconocimiento de su identidad y la búsqueda de sentido en su proceso formativo.

Cuando se logra que el estudiante avance hacia la autorrealización, el aprendizaje se transforma en una experiencia profunda, creativa y liberadora. Maslow lo expresa con

claridad: “Un músico debe hacer música, un artista debe pintar, un poeta debe escribir. Lo que un hombre puede ser, debe serlo” (Maslow, citado en Corbin, 2016). Esta cita sintetiza el principio de que cada estudiante tiene un potencial único que debe ser reconocido y estimulado por la escuela.

Desde esta perspectiva, al considerarse la motivación como un determinante psicológico, se reconoce que involucra procesos afectivos, como los sentimientos del individuo, así como tendencias intencionales e inducidas, además de procesos cognitivos, como la memoria y el pensamiento. Asimismo, la motivación representa una constante interacción entre la realidad y la personalidad del sujeto, lo que implica una confluencia continua entre el entorno y el individuo, de donde surgen los motivos basados en la experiencia, la personalidad y la realidad de cada persona.

Por su parte, las instituciones educativas, como organizaciones dinámicas inmersas en procesos de transformación constante, deben generar condiciones que favorezcan la motivación de sus actores, promoviendo climas de trabajo colaborativo que impulsen la participación activa y el compromiso con los procesos de mejora continua. Estos procesos, a su vez, inciden directamente en las percepciones sobre la calidad de la gestión educativa. Para ello, resulta fundamental atender a la gestión interna, al desempeño del talento humano que conforma la institución y a la contextualización de cada experiencia educativa dentro de un entorno complejo, diverso y globalizado.

La motivación desempeña un papel fundamental en el proceso de aprendizaje, ya que está estrechamente vinculada con la disposición e interés del alumno. Sin el

compromiso del estudiante, los esfuerzos del docente tienen un impacto limitado. Por ello, se considera que un alumno más motivado tiene mayores posibilidades de aprender y alcanzar un aprendizaje significativo. Los factores motivacionales son clave para organizar y guiar la conducta positiva del estudiante durante su formación, ya que la motivación impulsa el desarrollo de sus habilidades, lo ayuda a superar sus limitaciones y a satisfacer sus propios intereses. Así, la tarea primordial del docente es mantener al estudiante motivado, fomentando que realice sus actividades por satisfacción personal, más que por la búsqueda de una calificación. Esto significa que el alumno realiza sus tareas porque realmente le interesan.

Según Sellan (2016):

La motivación no se limita a un proceso puramente afectivo; también involucra un grado considerable de actividad cognitiva. El ser humano es capaz de desarrollar nociones sobre lo que necesita y lo que desea aprender. Así, planifica actividades y acciones que le permitan alcanzar sus metas y satisfacer sus objetivos (p.2).

Históricamente, ha existido una separación entre los aspectos cognitivos y los afectivo-motivacionales en el aprendizaje. Durante mucho tiempo, se ignoró casi por completo la dimensión afectiva, centrándose únicamente en los aspectos cognitivos. El estudiante era considerado como un mero "cerebro", pero hoy en día se reconoce al alumnado como un ser integral. Este reconocimiento busca definir y clarificar los diversos elementos que constituyen el complejo proceso que llamamos aprendizaje. Por ende, al

desarrollar el conocimiento, es fundamental que se considere también la dimensión emocional de los individuos.

En este contexto, es fundamental considerar tanto los aspectos cognitivos como los motivacionales en la mejora del rendimiento escolar. Si un estudiante carece de motivación, es poco probable que rinda adecuadamente en las diversas áreas del conocimiento. La falta de motivación puede generar un bloqueo mental que dificulta el aprendizaje, provocando a su vez comportamientos inadecuados en el aula, lo que se traduce en distracciones para sus compañeros.

Según Aebli (2001), “donde falta la motivación para aprender, no tiene lugar el aprendizaje. Tanto el maestro como el alumno pierden el tiempo. Sería mejor que se dedicaran a otra cosa” (p.4). En muchas ocasiones, los estudiantes se quejan de que las clases son aburridas, mientras que los docentes a menudo señalan la falta de interés por parte de los alumnos. Generalmente, alguien más termina siendo señalado como responsable de que el aprendizaje no se produzca. La realidad es que, sin motivación, no hay conocimiento.

Cuando un estudiante logra completar con éxito una tarea de alta complejidad, en la que únicamente uno de cada diez alumnos ha tenido éxito, los docentes suelen atribuir ese logro al estudiante y no a las características de la actividad en sí (Felix, 2005). Al mejorar la motivación del alumno, se incrementa su interés y su disposición al esfuerzo, lo que resulta en una mayor concentración en las tareas de aprendizaje. Esto, a su vez, conlleva una mejora en su rendimiento y en sus resultados académicos, así como una

disminución de las conductas disruptivas en el aula, reducción de conflictos con padres y profesores y el fortalecimiento de las relaciones interpersonales. Todo esto contribuye a incrementar su autoestima y, en definitiva, a que el estudiante se sienta más satisfecho consigo mismo.

La motivación en el aprendizaje es un componente esencial para el desarrollo integral del estudiante, ya que influye directamente en su disposición para adquirir conocimientos, enfrentar desafíos y construir sentido en su proceso formativo. Sin embargo, diversos factores pueden obstaculizar esta motivación, generando desinterés, frustración o incluso abandono escolar. Estas barreras no son únicamente individuales, sino que responden a dinámicas estructurales, emocionales, pedagógicas y contextuales que deben ser comprendidas desde una mirada crítica y humanista.

Una de las principales barreras es la ausencia de sentido en los contenidos escolares. Cuando el estudiante no logra vincular lo que aprende con su vida cotidiana, sus intereses o sus aspiraciones, se produce una desconexión que afecta su implicación en el proceso. Como señala Paulo Freire (1997), “la educación no cambia el mundo, cambia a las personas que van a cambiar el mundo. Pero para ello, debe partir de la realidad concreta del educando, de sus saberes, de sus necesidades, de sus sueños” (p. 29). Esta afirmación subraya que la motivación no puede ser inducida desde fuera, sino que debe construirse desde el reconocimiento de la subjetividad del estudiante y su contexto sociocultural.

Otra barrera significativa es el clima emocional del aula. La motivación se ve afectada cuando el estudiante experimenta ansiedad, miedo al error, presión excesiva o falta de reconocimiento. Según Maslow (1999), “cuando las necesidades básicas como la seguridad, la pertenencia y la autoestima no están satisfechas, el individuo difícilmente podrá alcanzar niveles superiores de autorrealización, como el aprendizaje profundo o creativo” (p. 388). En este sentido, el aula debe ser un espacio seguro, afectivo y estimulante, donde el error se entienda como parte del proceso y la diversidad de ritmos y estilos de aprendizaje sea respetada.

Asimismo, el modelo pedagógico puede convertirse en una barrera cuando se basa en la repetición mecánica, la evaluación punitiva o la transmisión unidireccional del conocimiento. La falta de metodologías activas, participativas y contextualizadas limita la capacidad del estudiante para involucrarse de manera significativa. Como advierte Novak (2010), “el aprendizaje significativo ocurre cuando el estudiante puede relacionar la nueva información con conceptos relevantes que ya posee, y cuando esta relación tiene sentido para él” (p. 45). Por tanto, la motivación se potencia cuando el docente diseña experiencias que conectan con los saberes previos, promueven la reflexión y permiten la construcción colectiva del conocimiento.

Las condiciones socioeconómicas también representan una barrera estructural que incide en la motivación. En contextos vulnerables, la precariedad material, la inseguridad alimentaria, la falta de acceso a recursos tecnológicos o la sobrecarga familiar pueden dificultar la concentración, la asistencia regular y el compromiso con el

estudio. Como señala Bolívar (2007), “la motivación escolar no puede desligarse de las condiciones de vida del estudiante, de sus posibilidades reales de imaginar un futuro, de sus experiencias de exclusión o reconocimiento” (p. 112). En estos casos, la escuela debe asumir un rol ético y político, ofreciendo acompañamiento integral, estrategias de inclusión y pedagogías sensibles al territorio.

Por último, la relación pedagógica entre docente y estudiante es clave para la motivación. Cuando el docente se muestra distante, autoritario o indiferente, se rompe el vínculo afectivo que sostiene el deseo de aprender. En cambio, cuando el educador se convierte en guía, escucha activamente y reconoce la singularidad de cada estudiante, se genera un ambiente propicio para el aprendizaje. Como afirma Csíkszentmihályi (1990), “la experiencia óptima ocurre cuando la persona está completamente involucrada en una actividad que le resulta desafiante y significativa, y cuando recibe retroalimentación clara y constante” (p. 74). Esta experiencia de flujo puede darse en el aula si se promueve una enseñanza creativa, empática y orientada al desarrollo humano.

Desde lo anterior, las barreras que afectan la motivación en el aprendizaje son múltiples y complejas, pero pueden ser transformadas si se asume una pedagogía crítica, inclusiva y situada. Reconocer al estudiante como sujeto de derechos, como portador de saberes y como protagonista de su proceso formativo es el primer paso para construir una educación más humana, significativa y motivadora.

La motivación hacia el aprendizaje ha sido objeto de estudio constante en el campo de la psicología educativa, la pedagogía y las ciencias cognitivas. En las últimas

décadas, diversas teorías contemporáneas han enriquecido la comprensión de este fenómeno, reconociendo que aprender no es solo un acto cognitivo, sino también emocional, social y cultural. Estas teorías permiten analizar cómo los estudiantes se implican en el proceso formativo, qué factores inciden en su disposición para aprender y cómo el entorno educativo puede favorecer o limitar dicha motivación. En contextos vulnerables y diversos, como los que tú acompañas, Irene, estas perspectivas adquieren una relevancia ética y política, pues permiten construir prácticas pedagógicas más humanas, inclusivas y transformadoras.

Una de las teorías más influyentes es la Teoría de la Autodeterminación, desarrollada por Deci y Ryan (1985), que plantea que la motivación humana se organiza en un continuo que va desde la motivación extrínseca hasta la intrínseca, siendo esta última la más poderosa y sostenible. Según los autores, Deci, Ryan, (2000) “la autodeterminación se refiere al grado en que las personas experimentan sus acciones como elegidas libremente y como expresión de sí mismas. Cuando los estudiantes se sienten autónomos, competentes y relacionados con los demás, su motivación hacia el aprendizaje se fortalece de manera significativa” (p. 68). Esta teoría destaca tres necesidades psicológicas básicas: autonomía, competencia y vinculación, las cuales deben ser satisfechas para que el aprendizaje se convierta en una experiencia significativa y sostenida.

Otra perspectiva contemporánea relevante es la Teoría del Flujo, propuesta por Mihaly Csikszentmihályi (1990), que describe el estado óptimo de experiencia en el que

el individuo se encuentra completamente inmerso en una actividad que le resulta desafiante y gratificante. En palabras del autor, “el estado de flujo es aquella experiencia en la que las personas están tan involucradas en una actividad que nada más parece importar; la experiencia en sí es tan agradable que la gente la hará incluso a un gran costo, por el simple hecho de hacerla” (p. 4). En el ámbito educativo, esta teoría sugiere que los estudiantes pueden alcanzar niveles elevados de concentración, disfrute y rendimiento cuando las tareas que realizan están alineadas con sus habilidades y les ofrecen retroalimentación clara y constante. La mediación pedagógica, en este caso, debe diseñar experiencias que permitan a los estudiantes entrar en flujo, conectando el aprendizaje con sus intereses, talentos y aspiraciones.

La Teoría de la Motivación de Logro, desarrollada por Atkinson (1957) y ampliada por McClelland (1987), también ofrece aportes significativos. Esta teoría sostiene que las personas se sienten motivadas a aprender cuando perciben que pueden alcanzar metas valiosas, especialmente si estas implican superar desafíos y obtener reconocimiento. McClelland afirma que “el motivo de logro se activa cuando el individuo percibe que la tarea requiere esfuerzo, habilidad y que el éxito depende de su desempeño personal. En estos casos, la motivación se incrementa y el aprendizaje se convierte en una fuente de satisfacción” (1987, p. 92). Esta perspectiva permite comprender por qué algunos estudiantes se sienten más motivados cuando se les plantean retos claros, metas alcanzables y oportunidades para demostrar sus capacidades.

La Teoría Sociocultural de Vygotsky (1978), aunque no centrada exclusivamente en la motivación, ofrece una mirada complementaria al destacar el papel del entorno social, el lenguaje y la mediación en el desarrollo del aprendizaje. Desde esta perspectiva, la motivación se construye en la interacción con otros, en el diálogo y en la participación en prácticas culturales significativas. Vygotsky sostiene que “el aprendizaje humano presupone una naturaleza social específica y un proceso mediante el cual los niños acceden a la vida intelectual de aquellos que los rodean” (p. 88). Esta afirmación subraya que la motivación no es un rasgo individual, sino una experiencia compartida, que se potencia cuando el estudiante se siente parte de una comunidad de aprendizaje, cuando sus saberes son reconocidos y cuando se le permite construir sentido desde su contexto.

Finalmente, la Teoría del Aprendizaje Significativo de Ausubel (2002) aporta una visión cognitiva que vincula la motivación con la capacidad del estudiante para relacionar los nuevos contenidos con sus conocimientos previos. Según el autor, “el aprendizaje significativo ocurre cuando la nueva información se relaciona de manera sustancial y no arbitraria con lo que el alumno ya sabe. Esta relación debe ser potencialmente significativa, es decir, debe tener sentido para el estudiante y debe poder integrarse en su estructura cognitiva de forma coherente” (p. 45). Esta teoría destaca que la motivación se incrementa cuando el estudiante comprende el propósito del aprendizaje, cuando puede vincularlo con su experiencia y cuando se le permite construir conocimiento de manera activa.

En conclusión, las teorías contemporáneas sobre la motivación hacia el aprendizaje ofrecen marcos conceptuales diversos y complementarios que permiten comprender la complejidad de este fenómeno. Desde la autodeterminación hasta el flujo, desde el logro hasta la significación, todas coinciden en que la motivación no puede imponerse, sino que debe construirse en condiciones de respeto, reconocimiento y participación. En contextos educativos vulnerables, estas teorías invitan a repensar la enseñanza como una práctica ética, situada y transformadora, capaz de despertar el deseo de aprender y de acompañar a los estudiantes en la construcción de una vida con sentido.

Afirmar que los estudiantes con alta motivación obtienen mejores resultados en su desempeño académico no basta; es necesario sustentar esta relación. De acuerdo con Schunk, Pintrich y Meece (2008), la motivación no solo influye en el inicio y la persistencia de las tareas académicas, sino que también condiciona el nivel de esfuerzo y el rendimiento. En este sentido, comprender cómo se manifiestan los distintos tipos de motivación (intrínseca y extrínseca) en el aula permite diseñar estrategias pedagógicas más efectivas, centradas en las necesidades reales del estudiantado.

En los sistemas educativos exitosos de países desarrollados, como China, Singapur, Japón, Finlandia y Estados Unidos, se destaca la relevancia del proceso de la motivación como un factor fundamental en el aprendizaje de los estudiantes (UNESCO, 2022a). Por ello, las políticas educativas, la gestión escolar y las estrategias de

enseñanza están orientadas a potenciar tanto la motivación intrínseca como la extrínseca de los alumnos.

Por otro lado, en los países en desarrollo, especialmente en regiones de África y Latinoamérica, los sistemas educativos enfrentan serios desafíos debido a factores económicos, políticos, sociales y culturales que generan una dependencia que limita la atención hacia el fortalecimiento de la motivación estudiantil (UNESCO, 2022b). Como resultado, el nivel promedio de aprendizaje es deficiente, lo que contribuye a tasas alarmantes de deserción escolar. Además, se observa una falta de investigaciones que evalúen cómo las metas influyen en el proceso motivacional del aprendizaje, el papel que desempeñan los docentes en este proceso, y los factores externos al entorno educativo que afectan la motivación y el aprendizaje de los estudiantes.

La motivación en el aprendizaje es un componente esencial para el desarrollo integral del estudiante, especialmente en contextos educativos marcados por la diversidad, la vulnerabilidad y la transformación social. En este sentido, la mediación pedagógica se convierte en una estrategia clave para activar el deseo de aprender, construir sentido y favorecer la implicación del sujeto en su proceso formativo. Esta mediación no se limita a la transmisión de contenidos, sino que implica una relación dialógica, ética y creativa entre docente, estudiante y conocimiento. Como señala Camilloni (2007), “la mediación pedagógica es el conjunto de acciones que realiza el docente para facilitar el acceso al conocimiento, considerando las características del sujeto que aprende, el contexto en el que se produce el aprendizaje y las condiciones

institucionales que lo enmarcan” (p. 45). Esta definición subraya la necesidad de una enseñanza situada, sensible y comprometida con la realidad del estudiante.

Una de las formas más potentes de mediación pedagógica es la construcción de vínculos afectivos y significativos entre el docente y el estudiante. La motivación no surge únicamente de los contenidos, sino de la calidad de la relación pedagógica. Cuando el estudiante se siente reconocido, escuchado y valorado, se abre a la experiencia del aprendizaje con mayor disposición. En palabras de Paulo Freire (1997), “enseñar exige querer bien a los educandos. Enseñar exige respeto a los saberes de los educandos. Enseñar exige disponibilidad para el diálogo. Enseñar exige corporificar las palabras por el ejemplo” (p. 25). Esta cita revela que la mediación pedagógica no puede ser neutra ni técnica, sino profundamente humana, ética y transformadora.

Otra forma de mediación pedagógica que favorece la motivación es el uso de metodologías activas y creativas. La didáctica tradicional, centrada en la repetición y la memorización, suele generar desinterés y desconexión. En cambio, cuando el docente diseña experiencias que promueven la participación, el pensamiento crítico y la resolución de problemas, el estudiante se involucra de manera más profunda. Como afirma Díaz Barriga (2006), “la didáctica creativa implica una transformación profunda del papel del docente, quien deja de ser un transmisor de contenidos para convertirse en un diseñador de situaciones de aprendizaje que estimulen la curiosidad, el pensamiento divergente y la capacidad de resolver problemas desde múltiples perspectivas” (p. 112). Esta forma de enseñar exige una apertura constante a la incertidumbre, a la diversidad

de respuestas y a la construcción colectiva del saber, lo que potencia la motivación intrínseca del estudiante.

La mediación pedagógica también se expresa en la capacidad del docente para contextualizar el conocimiento, es decir, para vincular los contenidos escolares con la realidad del estudiante, sus intereses, sus saberes previos y sus aspiraciones. Cuando el aprendizaje tiene sentido, se convierte en una experiencia significativa. Novak (2010) sostiene que “el aprendizaje significativo ocurre cuando el estudiante puede relacionar la nueva información con conceptos relevantes que ya posee, y cuando esta relación tiene sentido para él” (p. 45). Esta afirmación destaca que la motivación no puede imponerse desde fuera, sino que debe construirse desde dentro, a partir de la conexión entre el sujeto y el saber. En este marco, el docente actúa como mediador que facilita esa conexión, que interpreta el contexto y que adapta sus estrategias para favorecer el encuentro entre el estudiante y el conocimiento.

Además, la mediación pedagógica requiere una mirada integral sobre el estudiante, reconociendo que su motivación está influida por factores emocionales, sociales, culturales y económicos. En contextos de vulnerabilidad, la motivación puede verse afectada por la inseguridad alimentaria, la falta de recursos, la violencia o la exclusión. Por ello, el docente debe asumir una postura ética y política, que le permita acompañar al estudiante más allá del aula, generando condiciones de posibilidad para el aprendizaje. Bolívar (2007) afirma que “la motivación escolar no puede desligarse de las condiciones de vida del estudiante, de sus posibilidades reales de imaginar un futuro, de

sus experiencias de exclusión o reconocimiento” (p. 112). Esta cita invita a pensar la mediación pedagógica como una práctica de justicia educativa, que busca garantizar el derecho a aprender en condiciones de dignidad.

En conclusión, las formas de mediación pedagógica para lograr la motivación de los estudiantes hacia el aprendizaje son múltiples y complementarias. Implican construir vínculos afectivos, diseñar experiencias creativas, contextualizar el conocimiento y asumir una postura ética frente a la realidad del estudiante. La motivación no es un estado interno que se activa por voluntad, sino una experiencia que se construye en el encuentro, en el diálogo y en la posibilidad de imaginar otros mundos posibles desde la escuela.

Las posturas expuestas anteriormente destacan diferentes maneras de concebir la motivación, partiendo del sujeto como centro de interés y de estudio. Para ello se considera un principio de auto eco organización donde la interacción con el medio le permite fijar comportamientos, conocimientos, que posteriormente le permitirán aplicar su saber en la realidad que lo amerite. Y estas a su vez pueden significar un aporte valioso para la acción del docente, quien desde su práctica cotidiana podrá seleccionar las estrategias y metodologías adecuadas en aras de promover la motivación hacia el aprendizaje del estudiante.

Diversos autores coinciden en que la motivación desempeña un papel crucial en el aprendizaje y desarrollo de los estudiantes a lo largo de su proceso educativo, ya que les permite alcanzar objetivos tanto a corto como a largo plazo (Vásquez et al, 2021). El

estado de ánimo y la autoconfianza de cada alumno son factores determinantes que pueden potenciar o reducir su nivel de motivación, afectando así su capacidad para lograr metas futuras.

En otro contexto, Navarro (2020) resalta la importancia de valores adicionales, como el aprendizaje del trabajo colaborativo, la disminución del aburrimiento y la capacidad de toma de decisiones. Es posible alcanzar un grado de motivación a pesar de las dificultades que puedan surgir en el camino hacia el logro de los objetivos. Además, es fundamental considerar que, durante su proceso de aprendizaje, los estudiantes desarrollan conocimientos a partir de su esfuerzo y su deseo de superación, valorando en consecuencia su propio.

En los últimos 50 años, el interés por la motivación en el ámbito escolar ha crecido notablemente, resultando en múltiples estudios y diversas maneras de entender las variables que influyen en este ámbito. Estas diferencias surgen de diversas teorías, enfoques, preguntas y propósitos distintos. Por tanto, al analizar estudios se puede observar que ciertos autores aplican el mismo término para aludir a diferentes conceptos. Del mismo modo, hay múltiples maneras de hablar sobre la motivación en estudiantes, utilizando expresiones como: motivación académica, motivación escolar, motivación educativa y motivación estudiantil. En términos generales, se considera la motivación académica como el proceso por el cual el alumno se motiva para participar en actividades académicas, ya sea en el aprendizaje o en tareas.

En Colombia, los estudiantes comienzan la educación secundaria aproximadamente a los 11 o 12 años, coincidiendo con el inicio de la adolescencia. Este período se distingue por los cambios físicos, emocionales y psicológicos que están asociados con la preparación para la vida adulta (González, 2016). Junto a las transformaciones físicas y mentales, también ocurre la transición de la educación primaria a la secundaria, lo que puede implicar un riesgo de desmotivación e involucramiento en los estudios, así como la posibilidad de abandonar el sistema educativo. Esto se debe a las mayores exigencias educativas y sociales que enfrenta este grupo (Román, 2013). En la mayoría de los países de América Latina, la tasa más alta de abandono escolar ocurre tras concluir la educación primaria, frecuentemente durante el primer año de secundaria, siendo las áreas rurales las más afectadas por este fenómeno. Además, se ha documentado que la mayoría de las muestras en investigaciones de motivación académica siguen estando compuestas por estudiantes de origen europeo americano de clase media.

CONCLUSIONES

En definitiva, la motivación constituye un eje transversal en el proceso de enseñanza-aprendizaje, ya que incide en el compromiso, el esfuerzo y la permanencia del estudiante en su proceso formativo. Comprenderla desde una visión integral, que articule lo afectivo con lo cognitivo, permite al docente diseñar estrategias más eficaces y humanizantes. Superar visiones reduccionistas implica comprender que la motivación no es un estado estático, sino una dinámica constante influida por el contexto, las relaciones y las metas personales. De esta manera, se favorece no solo el rendimiento académico, sino también el desarrollo pleno del ser humano. Por lo tanto, afirmar que los estudiantes altamente motivados obtienen mejores resultados no es suficiente; urge que la investigación educativa profundice en esta relación, para generar prácticas pedagógicas transformadoras que respondan a las realidades actuales de nuestras aulas.

Por otra parte, en un mundo donde la educación evoluciona constantemente y la tecnología ocupa un papel central en la vida cotidiana, es imprescindible que los educadores adopten enfoques motivacionales integrados con herramientas digitales que permitan personalizar la enseñanza, ofrecer retroalimentación inmediata y promover experiencias de aprendizaje interactivas y significativas. De este modo, la combinación de estrategias motivacionales y el uso adecuado de la tecnología no solo facilitan la adquisición de conocimientos, sino que también prepara a los estudiantes para enfrentar

los desafíos del siglo XXI con habilidades críticas, creativas y resilientes, esenciales en una sociedad en constante transformación.

Referencias

Aebli, H. (2001). Factores de la enseñanza que favorecen el aprendizaje autónomo. Madrid: MARCEA.

Balza, A. (2010). Educación, Investigación y aprendizaje. Una Hermeneusis desde el pensamiento Complejo y Transdisciplinario. Venezuela: San Juan de los Morros. Fondo Editorial Gremial.

Csíkszentmihályi, M. (1990). Flujo: la psicología de la experiencia óptima. Harper y fila.

Deci, E., Ryan, R. (1985). Motivación intrínseca y autodeterminación en el comportamiento humano. Saltador.

Eccles, J. y Wigfield, A. (2000). Teoría de la expectativa-valor de la motivación para el logro. *Psicología de la educación contemporánea* 25, 68–81.

Félix, GL (2005). Motivar para el aprendizaje desde la actividad orientadora. Madrid, España: Cide.

González, J. (febrero de 2016). Motivación y abandono escolar en Educación Media. Trabajo final de grado de Psicología. Montevideo, Uruguay: Universidad de la República Uruguay.

Casco, CL (1943). Principios de la conducta: una introducción a la teoría de la conducta. Appleton-Century-Crofts.

Murcia, L. (2007). Psicología del aprendizaje. Editorial Aula XXI.

Navarro, R., Lago, J., y Arufe, V. (2020). Midiendo la motivación autodeterminada hacia la educación física en la escolaridad obligatoria. *Revista de Psicología del Deporte*, 29(3), 3441. <https://www.rpd-online.com/index.php/rpd/issue/view/3/1>

Núñez, J. y González, S. (1996). Motivación y aprendizaje escolar. Congreso Nacional sobre Motivación e Instrucción. Actas, págs. 53-72.

Reeve, J. (1994): Motivación y emoción. Madrid: Mc Graw-Hill, págs. 2-235.

Reeve, J. (2012). Motivación y emoción (7ma. Ed.) Editorial Mc Graw-Hill

Ryan, R., Deci, E. (2000). La Teoría de la Autodeterminación y la Facilitación de la Motivación Intrínseca, el Desarrollo Social y el Bienestar. *Psicólogo estadounidense*, 55 (1): 68-78.

Román, M. (2013). Factores asociados al abandono y la deserción escolar en América Latina: una mirada en conjunto. *REICE. Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 11(2), 33-59.

Sellán, M. (2016). La motivación en el proceso educativo. *Revista de Ciencias Pedagógicas*, 8(1), 1–5.

Vázquez, S., Latorre, C., y Liesa, M. (2021). Un análisis cualitativo de la motivación ante el aprendizaje de estudiantes de educación secundaria. *Revista REOP*, 32(1), 116-131. Disponible: <http://revistas.uned.es/index.php/reop/article/view/30743/23220>

Vroom, V. (2004). *Psicología Social Industrial*. En V. Vroom E. Deci, *Gestión y Motivación* (10ma.Ed.). Tennessee: Libros de pingüinos.

Maslow, AH (1971). *Los confines más lejanos de la naturaleza humana*. Nueva York: Viking Press.

Maslow, AH (1999). *Hacia una psicología del ser*. Wiley.

Corbin, JA (2016). 75 frases de Abraham Maslow. *Psicología y Mente*. <https://psicologiaymente.com/reflexiones/frases-de-abraham-maslow>

Bolívar, A. (2007). *La educación como práctica social*. Editorial Morata.

Csíkszentmihályi, M. (1990). *Flujo: la psicología de la experiencia óptima*. Harper y fila.

Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa*. Siglo XXI Editores.

Maslow, AH (1999). *Hacia una psicología del ser*. Wiley.

Novak, JD (2010). *Teoría y práctica del aprendizaje significativo*. Aljibe.

Bolívar, A. (2007). *La educación como práctica social*. Editorial Morata.

Camilloni, A. (2007). *Didáctica. Sujeto, enseñanza y aprendizaje*. Paidós.

Díaz Barriga, F. (2006). Enseñanza situada: vínculo entre la escuela y la vida. McGraw-Hill.

Freire, P. (1997). Pedagogía de la autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa. Siglo XXI Editores.

Novak, JD (2010). Teoría y práctica del aprendizaje significativo. Aljibe.

Ausubel, DP (2002). Adquisición y retención del conocimiento: una perspectiva cognitiva. Paidós.

Csikszentmihályi, M. (1990). Flujo: la psicología de la experiencia óptima. Harper y Row.

Deci, E., Ryan, R. (1985). Motivación intrínseca y autodeterminación en el comportamiento humano. Asamblea plenaria.

Deci, E., Ryan, R. (2000). El "qué" y el "por qué" de la búsqueda de objetivos: las necesidades humanas y la autodeterminación del comportamiento. *Investigación psicológica*, 11 (4), 227–268.

Freire, P. (1997). Pedagogía de la autonomía: saberes necesarios para la práctica educativa. Siglo XXI Editores.

McClelland, D. (1987). Motivación humana. Prensa de la Universidad de Cambridge.

Vygotsky, L. (1978). La mente en la sociedad: el desarrollo de procesos psicológicos superiores. Prensa de la Universidad de Harvard.